



Cuando hoy escuchamos la palabra *Inquisición*, la imaginación colectiva se dispara: mazmorras húmedas, torturas sin fin, fanatismo religioso y una Iglesia sedienta de sangre. Es una imagen tan repetida que casi nadie se detiene a preguntarse si es **históricamente honesta**.

Pero la historia —como casi siempre— es más compleja, más humana... y también más incómoda para nuestros prejuicios.

Uno de los datos más sorprendentes, y a la vez menos conocidos, es este: **muchos presos comunes blasfemaban deliberadamente para que los trasladaran a cárceles inquisitoriales**.

Sí, has leído bien.

¿Por qué alguien querría acabar en manos del Santo Oficio?

La respuesta nos obliga a revisar no solo la historia, sino también nuestra manera actual de entender la justicia, la misericordia y la dignidad humana.

1. Un mito moderno frente a una realidad medieval

La llamada *leyenda negra* de la Inquisición se construyó, en gran medida, siglos después de su funcionamiento real. Fue alimentada por intereses políticos, conflictos religiosos y propaganda anticatólica, especialmente en los siglos XVIII y XIX.

Esto no significa negar abusos —los hubo, como en toda institución humana—, pero sí **negar la caricatura**.

La Inquisición no nació como un instrumento de terror, sino como un **tribunal jurídico-religioso** en un contexto donde:

- No existía la separación moderna entre delito civil y delito moral.
- La fe era considerada un bien común, no solo privado.
- El orden social estaba profundamente vinculado a la verdad religiosa.

Desde ese marco, la Inquisición actuaba —al menos en teoría— con procedimientos **más garantistas** que muchos tribunales civiles de su tiempo.



2. Las cárceles civiles: el verdadero infierno cotidiano

Para entender por qué un preso blasfemaba para ser juzgado por la Inquisición, primero hay que mirar **cómo eran las cárceles civiles medievales**.

Características habituales:

- Hacinamiento extremo
- Falta de higiene y atención médica
- Abusos constantes por parte de carceleros
- Alimentación escasa (si no tenías familia que te llevara comida, pasabas hambre)
- Prisiones preventivas indefinidas, sin juicio claro

La cárcel no era una pena en sí misma, sino un lugar de espera... muchas veces peor que la condena.

En ese contexto, las **cárceles eclesiásticas** resultaban sorprendentemente distintas.

3. ¿Cómo eran las cárceles de la Inquisición?

Aquí viene la gran paradoja histórica.

Las cárceles inquisitoriales solían ofrecer:

- **Celdas individuales o menos hacinadas**
- **Alimentación regular**
- **Atención médica básica**
- **Prohibición de abusos físicos no autorizados**
- **Acceso a confesión y asistencia espiritual**
- **Registros escritos de procesos y condenas**

Además, el objetivo principal **no era castigar**, sino **corregir y reconciliar**.

El hereje arrepentido no era un enemigo a destruir, sino un hijo a recuperar.



«No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»
(Ezequiel 33,11)

4. La blasfemia como “estrategia” de supervivencia

Aquí aparece uno de los hechos más reveladores.

Algunos presos comunes, condenados por robos, violencia o delitos civiles, **blasfemaban públicamente** o se declaraban sospechosos de herejía para que su caso pasara al tribunal inquisitorial.

¿Por qué?

Porque sabían que:

- Tendrían un **proceso más ordenado**
- Recibirían **mejor trato humano**
- Podrían incluso **salvar la vida**, ya que las penas inquisitoriales solían ser espirituales o penitenciales

Este dato desmonta de raíz la imagen de la Inquisición como el peor destino posible.

Nadie blasfema para huir del infierno... a menos que el infierno esté en otro sitio.

5. La lógica teológica detrás del Santo Oficio

Desde la teología católica tradicional, la Inquisición se movía dentro de una lógica hoy casi incomprensible:

el alma es más importante que el cuerpo.

Esto no justificaba cualquier cosa, pero sí marcaba prioridades.

El pecado de herejía no era visto solo como un error intelectual, sino como:



- Una herida al Cuerpo de Cristo
- Un escándalo para los fieles
- Un peligro espiritual para la comunidad

Por eso el objetivo era **la conversión**, no la eliminación.

San Pablo lo expresa con claridad:

«Corrijan al que yerra con espíritu de mansedumbre, cuidando de no caer tú también»
(Gálatas 6,1)

6. Misericordia, penitencia y justicia: un equilibrio olvidado

Las penas inquisitoriales solían consistir en:

- Ayunos
- Peregrinaciones
- Oraciones públicas
- Uso temporal de hábitos penitenciales
- Reclusión con acompañamiento espiritual

Desde nuestra mentalidad actual puede parecer duro, pero comparado con:

- Mutilaciones
- Ejecuciones sumarias
- Castigos colectivos

...era un sistema sorprendentemente **moderado para su tiempo**.

No era perfecto.

Pero tampoco era el monstruo que nos han contado.



7. ¿Qué nos dice todo esto hoy?

Aquí es donde el tema deja de ser solo histórico y se vuelve **profundamente actual**.

1. Sobre la justicia

Hoy castigamos mucho... pero sanamos poco.
Encerramos cuerpos, pero no acompañamos almas.

2. Sobre la dignidad humana

La Iglesia, incluso en contextos duros, mantuvo la idea de que **nadie deja de ser persona**, ni siquiera el culpable.

3. Sobre la verdad

Vivimos tiempos donde disentir puede costarte el “destierro social”. Cancelación, linchamiento mediático, etiquetas rápidas.
¿Tan distintos somos, en el fondo?

8. Guía espiritual: aprender de esta historia incómoda

Esta historia nos invita a varias actitudes espirituales muy concretas:

□ Humildad histórica

Antes de juzgar el pasado, preguntarnos si nuestro presente es tan luminoso como creemos.

□ Misericordia real

No la que excusa todo, sino la que busca **redimir al pecador sin negar la verdad**.



La Inquisición que no te contaron: Por qué muchos presos comunes blasfemaban para ser trasladados a cárceles eclesiásticas | 6

□ Conversión personal

La blasfemia fingida de aquellos presos nos recuerda que incluso desde la miseria humana...
Dios puede abrir caminos de gracia.

«Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia»
(Romanos 5,20)

9. Una última reflexión

La verdadera pregunta no es si la Inquisición fue perfecta (no lo fue).
La pregunta es: **¿somos hoy más justos, más misericordiosos y más humanos?**

Quizá por eso esta historia incomoda tanto.
Porque rompe el relato fácil y nos obliga a mirarnos al espejo.

Y porque, al final, la Iglesia —con todas sus sombras— sigue recordándonos algo profundamente cristiano:

- **ningún hombre es irrecuperable**
- **ninguna verdad se defiende odiando**
- **y ninguna justicia es auténtica sin caridad**